

LA VÍA INICIÁTICA EN POS DE LA CONSCIENCIA EN SINCRONÍA CON EL LATIDO DEL COSMOS

Nada puede ocurrir sin la sacrosanta intervención de la Consciencia en el tiempo (Dios expresándose en la materia). Es la Consciencia quien genera el tiempo, pero la mente humana (principio de individuación) lo condiciona.

Se puede objetar que esto es sólo una forma de hablar, pero con ello proponemos un cambio de paradigma por el cual uno puede llegar, tal vez, a la iluminación ... o al menos a la salud. Tratemos de analizar qué ocurre con nuestro tiempo, no en qué lo utilizamos sino su latido, el ritmo de sus olas al compás del de las aguas de nuestras emociones, y podremos empezar a observar nuevas facetas sobre la vida y la muerte, la salud y la enfermedad.

Empecemos por entender que nada puede construirse o destruirse sin el tiempo como factor determinante. El tiempo es el gran canal a través del cual se proyectan las formas en la materia, porque en el universo material percibido por nuestros sentidos toda "realidad" se construye a partir de unas estructuras básicas combinadas entre sí, de modo que llega a confeccionarse un gran tapiz de "sucesos", formando cadenas de acontecimientos dentro de un cierto marco de referencia al que denominamos espacio-tiempo.

Podríamos pues definir **el tiempo** -tal como lo conocemos- como **la capacidad de ser o de existir en la materia**. Poco más sabemos sobre el tiempo; pero lo dicho es fundamental, sin embargo, para comprender que es el gran artífice de las formas y de las sensaciones humanas.

Es una ley del tiempo, y no de las cosas, lo que las transforma. Para que una cosa sea transformada es preciso que "consume" tiempo en su propio proceso evolutivo. Y parece ser el tiempo quien determina sus leyes, no la materia, pues ésta se manifiesta a través de aquél. Cuando manejamos las leyes de la física, en realidad lo que hacemos es manejar las leyes del tiempo, porque cambiando el tiempo cambian también los valores de las cosas, y como ignoramos esta realidad lo hacemos mal. Por esto no damos cabida al prodigio o al milagro, que también son una ley del tiempo.

Yo no puedo manejar mi tiempo, porque lo desconozco y por tanto desconozco sus leyes; pero puedo manejar mi materia en el tiempo. De la misma manera que cuando un cuerpo se dirige hacia el fuego se calienta gradualmente y cuando se acerca al hielo se enfría, así ocurre con todas

las cosas. Observando lo que ocurre aprendemos a caminar y de nuestro comportamiento en el tiempo, que contiene todas las formas materiales, dependerá nuestro aprendizaje y por consiguiente el bienestar o el sufrimiento.

El tiempo es sólo una condición de lo que existe, una condición de la Mente Universal. La prueba está en que algunas personas se han adelantado al tiempo y otras han sabido retroceder en él, profetizando u observando el pasado con asombrosa claridad. Los numerosos fallos de los profetas y videntes no deberían empañar la grandiosidad de un solo acierto.

Todos nosotros, en mayor o menor medida, poseemos esta capacidad de videncia, porque nuestro cerebro, en conexión con la Mente Universal, es un cualificado instrumento de percepción con el que aprehendemos el Universo, que ha sido diseñado en el tiempo. Hagamos un experimento para comprobarlo. Cojamos un objeto con la mano y tratemos de salir mentalmente de su tiempo presente, de retroceder a sus orígenes. Dependiendo de la cosa en sí, y de nuestra capacidad receptiva en aquel momento, podremos llegar a tener sensaciones de su historia, de su caminar en el tiempo.

Esto no es un milagro, es una Ley: el tiempo une todas las cosas, no solamente en el presente, sino en el pasado y en el futuro ... porque en realidad el tiempo no es real, al menos en el sentido que nosotros lo percibimos.

Ocurre como si todo estuviera realizado desde siempre; pero el tiempo lo manifiesta a su manera y según su propia ley, haciéndolo presente ahora. El tiempo se manifiesta en mi vida y, por tanto, nada extraño a mí puede interferirme, ya que todo parece estar encapsulado por este misterioso **presente fuera del tiempo**.

"Mi tiempo" es el que transformará la energía universal en lo que yo llamo "mi vida". Yo soy pues el resultado de mi tiempo. Pero al desconocer la esencia del tiempo desconocemos también la medida en que los diferentes tiempos, de las distintas cosas, están involucrándose durante su proceso de existir.

Sólo cuando ciertas cosas se encuentran en el tiempo se producen determinados fenómenos. Es evidente, por ejemplo, que **mi tiempo** interfiere con **el tuyo** cuando estoy hablándote, o con el de la manzana cuando me la estoy comiendo.

Esto, que se nos puede antojar algo anodino, tiene sin embargo una importancia fundamental para conocer por qué podemos, o no

podernos, evitar ciertos acontecimientos. Y nos muestra también que uno de los principios básicos para mantenernos en buen estado de salud consiste en estar bien situados en el tiempo, en estar donde hay que estar cuando haya que estar.

La ley de mi tiempo y la del tuyo (las de nuestras vidas) serán las que permitirán o no nuestro encuentro, para que se genere el prodigio de un nuevo ser. Y es en el campo de la salud y la enfermedad donde con mayor claridad se manifiesta esta ley: si ha finalizado mi tiempo nada ni nadie podrá retenerme un segundo más en el mundo, porque su ley mueve las cosas que existen. Él será, por tanto, el único causante del encuentro fatal de mi automóvil con el otro y, por consiguiente, del accidente.

La ley de la causalidad resulta tan difícilmente manejable porque en realidad no atañe a la física de la materia sino a la del tiempo. En cualquier cosa está el Todo manifestado, y por tanto en ellas todo es posible. Pero la ley del tiempo sólo permite la manifestación de lo que llamamos nuestro presente. Por estas, y quizá otras, misteriosas razones, un sanador puede curar a ciertas personas y a otras no.

Cuando el Maestro preguntó a sus discípulos: «¿Qué es más fácil, decir al parálítico "perdonados te son tus pecados", o decir "coge tu camilla, levántate y anda"?» (Me 2,9), se refería a esto. De nada sirve sanar un cuerpo si el alma sigue enferma (equivocada o en pecado) y, por el contrario, si conseguimos sanar el alma (hacerla esquivar a las fuerzas oscuras creadas por ella misma en el pasado), el cuerpo también sanará. He ahí el gran problema con que se enfrenta la sanación espiritual.

Algunos taumaturgos de la historia más reciente han sido grandes sanadores; pero no hay ni uno solo que entre sus grandes logros no cuente con algún estrepitoso fracaso. Esto es debido a lo que acabamos de comentar. Se puede curar una enfermedad; pero esta curación perdurará en el tiempo sólo en la medida en que afecte radicalmente a la "salud espiritual", que sería tanto como decir al karma que el Ser Interior trata de resolver. Dios no puede ir contra Sí Mismo, y el Dios Interior del sanador y el del enfermo son el mismo.

Los médicos alopáticos tienen razón: si los curanderos curaran curarían siempre. Pero pierden la razón al pensar que un curandero no es nunca un buen camino para la sanación, porque este camino (dependiendo del enfermo) puede ser su única esperanza.

Si curar es fácil, mantener la salud es mucho más difícil, porque éste es un problema de actitud, de trayectoria espiritual, de valores profundos que poco o nada tienen que ver con el pensamiento cultural o con los conceptos sociales sobre el bien y mal.

Para entenderlo deberíamos considerar que todo lo que percibimos a través de los sentidos (incluyendo las enfermedades) no es sino información, símbolos y enseñanzas. Ocurre como en un libro, que podemos leer rápido y apenas saborearlo, o bien leerlo más despacio, sufriendo o gozando con sus protagonistas, e incluso pararnos en alguna página por tiempo indeterminado.

Nada de esto parece tener valor real; pero los Mensajeros nos advierten que deberemos volver al libro de la vida inexorablemente, puesto que se nos presentarán los problemas no resueltos una y otra vez, en diferentes vidas, hasta que entendamos su significado y concluyamos la lectura.

No hay nada fuera del libro sino otros libros. El primero sirve para iniciarse en los demás, de igual forma que un espejo no puede enseñar más que otro espejo (otro aspecto de la misma realidad). Nuestra "realidad" cambia constantemente durante el proceso de vivir, pero al final es uno, dentro de sí mismo, quien debe llegar a comprender.

En el libro de la vida las letras se pueden comer, se pueden sentir, se pueden oler o tocar y, dependiendo de todo esto, se generan influencias poderosas, que pueden llegar a interferir en nuestra lectura del cosmos. Pero de la misma manera que se genera un proceso, este mismo proceso puede degenerar. Todo se decide dentro y no fuera de nosotros. Nosotros somos quienes damos órdenes al cerebro, según nuestros pensamientos y nuestra actitud, para que gobierne con orden (o desorden) nuestro propio organismo. Lo que ocurre fuera, lo que nos informan nuestros sentidos, es la lectura que nos indica cómo y dónde se pueden deshacer los entuertos: las enfermedades y sufrimientos.

Es cierto que algunas personas tienen la capacidad de "ver" el mal (como pecado o acción negativa de otro), y lo pueden incluso materializar (escribir o describir en el mundo de las formas) y después borrarlo del libro de la muerte, al que nosotros llamamos vida. Pero esto sería pura anécdota pasajera sin la plena interpretación y comprensión, por parte del "enfermo", en los niveles más profundos. En otras palabras, Dios no puede decidir sobre Sí Mismo sin su propio consentimiento. Y es aquí donde surgen los conflictos, porque mientras una parte del cerebro (que comprende) busca una cosa, el cuerpo (que gobierna) pide otra.

El pozo puede ofrecer agua pero necesita el cubo. Cuando entre ellos hay conflicto viene la sequía (la enfermedad), mientras que si ambos están en comunión y entran en contacto sube el agua, que fertiliza el campo generando salud; pero el que bebe es Dios.

Para entender lo que es la salud debemos tener muy clara la idea de la muerte. La muerte no deviene con el último suspiro sino con el "primero"; no está al final de la vida sino al principio. La verdadera salud no podrá llegar pues sino con la muerte física; no hay por tanto que padecer por ella sino lograr que se produzca en las mejores circunstancias. Sanar no significa más que vivir en un estado de armonía con uno mismo y con el entorno, tener sabiamente controlada la enfermedad del vivir. Pero el hombre, en general, no desea curarse sino prolongar la enfermedad todo lo posible, en un estado de muerte espiritual interminable, porque tiene una idea falsa de la verdadera vida y la verdadera muerte.

Nuestra observación de los acontecimientos cotidianos se realiza a través de filtros, espejos y velos que nosotros mismos creamos sobre el escenario de la dualidad. Los primeros nos deforman el verdadero aspecto de las cosas, los segundos nos falsean el tamaño de los acontecimientos y los terceros nos distorsionan la perspectiva del camino.

No puede haber pues verdadera salud física, psíquica o espiritual sin una auténtica y constante corrección de nuestros puntos de mira, así como una comprensión cada vez más profunda de la realidad. Esta corrección constante de la Consciencia escindida es el sentido de toda evolución de las especies, a través de cuyos vehículos volverá el empequeñecido Ser observador hasta la Totalidad, subiendo de escalón en escalón.

* * *

Cada situación es el resultado de su tiempo y su espacio. Hay pocos bienes comparables a estar correctamente situados en el tiempo y el espacio ... porque lo que ocurra en estas condiciones es siempre lo mejor que nos puede ocurrir para nuestro propio desarrollo integral.

Son las leyes del tiempo quienes regulan la materia, una singularidad del espaciotiempo que "resuena" (es percibida) a través del cerebro, sede de las sensaciones del dolor y del placer. A través de la razón parece posible pues que se pueda llegar a la mente, y a través de ella al tiempo y, quizá, al Centro de todas las cosas.

Toni Bennássar